

Lacan, la autonomía de lo simbólico y los límites de su trascendencia

Mariano Salomone
CONICET, INCIHUSA, CCT-Mendoza
Argentina

La subjetividad en su origen
no es de ningún modo incumbencia de lo real,
sino de una sintaxis que engendra en ella la marca significativa.
Jacques Lacan, *El seminario sobre La carta robada*

Introducción

Este trabajo tiene como telón de fondo un interrogante vinculado a las relaciones entre el psicoanálisis y el amplio campo de las llamadas ciencias sociales: ¿qué aportes puede hacer el psicoanálisis al trabajo de elucidación del campo histórico-social? De allí que propone indagar la noción de determinación simbólica de la subjetividad como uno de los aportes conceptuales que la teoría lacaniana pone en juego para pensar los sujetos comprometidos en las prácticas colectivas.

En relación al vínculo entre psicoanálisis y ciencias sociales, el punto de partida ha sido considerar que no se trata de terrenos estancos del pensamiento -que preexisten aisladamente y luego entran en relación- sino que, por el contrario, ha sido a través de su mutua interrelación que cada uno históricamente se fue constituyendo. En este punto es crucial la hipótesis de Paul-Laurent Assoun (2003), para quien la confrontación con el psicoanálisis resulta un momento de verdad interno a las ciencias sociales. En tal sentido, cabe subrayar que hablar de una *aplicación* del psicoanálisis en las ciencias sociales no equivaldría a “contaminar” la sociología con algo de psicología –agregada como complemento de aquella. Todo lo contrario, apunta a tomar en consideración el reverso de la realidad social del que una auténtica comprensión de dicha realidad no puede prescindir. Como advierte Assoun, “se trata más bien de comprender que, si no tenemos en cuenta la noción de inconsciente, es la realidad misma del vínculo social la que queda mutilada en su inteligibilidad” (18). En efecto, subyace a la pesquisa un cierto interés inter o transdisciplinario que ha orientado la exploración conceptual en función del interés que

despierta el psicoanálisis para las ciencias sociales, aun cuando todo se encamine a reconocer la inflexión que aquel produce sobre dicho campo.

Específicamente, en esta ocasión, propongo rastrear la conceptualización que realiza Jacques Lacan del registro simbólico durante la década del '50. La estrategia metodológica será realizar una lectura centrada en el *Seminario sobre la carta robada* (2014a), pero atenta al diálogo que dicho texto guarda con otros dos escritos clave de aquella década: *Función y campo de la palabra y el lenguaje en psicoanálisis* (2014b) e *Instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud* (2014c); así como también con las resonancias del discurso que produjo en el laboratorio de gran parte de sus ideas, el *Seminario II* (2004), precisamente lugar al que remite el contexto de origen de su teorización sobre el cuento de Edgar Allan Poe.

La hipótesis al respecto se orienta a pensar que la tematización de lo simbólico, en tanto problemática particular, se presenta como la posibilidad de desandar los propios pasos que diera Lacan al comienzo de su “enseñanza” en relación a las ciencias sociales: si su retorno a Freud recibió las marcas del diálogo con las ciencias sociales –dejando de lado la sociología de Durkheim para tomar la mano de la antropología de Levi Strauss (ZafiroPoelos 2003; Mulder 2012); la conceptualización que realiza en torno de la autonomía de la determinación simbólica puede constituir uno de sus aportes de *corte antropológico*, pues su consideración del Otro del lenguaje como un “más allá de la intersubjetividad”, adquiere primordial relevancia para quienes trabajamos en el campo de las ciencias sociales.

1. El seminario sobre la carta robada... a mitad de camino entre 1953 y 1957

Intentemos historizar brevemente el proceso de teorización que va realizando Lacan del registro simbólico. Desde una mirada retrospectiva, creo que podemos afirmar que la significancia de “*El seminario sobre...*” se desprende de su ubicación: se trata de un

texto que Lacan escribe entre los meses de mayo y agosto de 1955¹, esto es, a mitad de camino entre la escritura de “*Función y campo...*” de 1953 y la “*Instancia de la letra...*” de 1957. En efecto, ese texto se encuentra en pleno tránsito –dentro del pensamiento de Lacan- entre un momento marcado por las “*leyes de la palabra*” y otro en el que toman su lugar las “*leyes del lenguaje*” (Rabinovich 2012). Dicho de otra manera, entre el período en que Lacan sitúa el comienzo de su enseñanza –marcado por el intento de rectificar el abandono realizado por los postfreudianos del fundamento de la palabra en la técnica psicoanalítica-; y otro posterior, en el que la enunciación de la estructura de lenguaje del inconsciente se presenta en su punto máximo –la primacía de lo simbólico. De allí también, a propósito de la importancia de los lugares ocupados, la decisión de Lacan de abrir sus *Escritos* con ese texto -“*El seminario sobre...*”- que no hace sino destacar la insistencia de la cadena significante y la autonomía de lo simbólico en la constitución del sujeto del inconsciente. Se trata entonces de una vuelta de tuerca a ciertas ideas que le permitió a nuestro autor ajustar un axioma clave de su pensamiento, aquel al que abrazó tempranamente para ya no abandonar, “el inconsciente estructurado como un lenguaje”.

1.1 Retornar a Freud! Sí, ¿pero a cuál de todos?

En efecto, entre 1953 y 1957 hay en Lacan, por lo menos, la continuidad de una misma inquietud: “renovar en su disciplina los fundamentos que ésta toma en el lenguaje” (Lacan 2014b 232). En términos althusserianos, podríamos decir que durante la década del ‘50 se constituye la *problemática* lacaniana. “Nada en la obra de Lacan, ni una línea, es otra cosa que un desarrollo sobre el lenguaje” (Braunstein 1982 161). Aquel axioma resulta ser el punto de partida desde el cual Lacan produjo su conocido *retorno a Freud*, como estrategia frente al clima intelectual dominante que enfrentaba por aquellos años: la teoría de los instintos, el adaptacionismo norteamericano (*behaviourismo*), el biologicismo que supone, etc.

¹ Si bien será publicado posteriormente, durante 1956, en el segundo número de *La psychanalyse*.

El movimiento intelectual impulsado por Lacan no se puede leer de forma simple, como si se tratara del intento de restituir al verdadero Freud entre todas sus “distorsiones” postfreudianas. Quizás, esa sería una *auténtica distorsión*, abogar un Freud homogéneo y unívoco, sin contradicciones ni tensiones al interior de su pensamiento². Más bien la dispersión posterior a Freud se apoya y arraiga en el mismo corpus de textos freudianos, en citas literales y correctamente extraídas de sus trabajos, e implica que cada uno/a como lector/a debe explicitar cuál es la lectura de Freud a la que adhiere. Puesto que si no hay texto sagrado, tampoco hay lector/a privilegiado/a. Hay entonces una necesidad de optar y el recorrido de Lacan comprendido entre 1953 y 1957 da cuenta de la (e)lección como lector de Freud: “una opción epistemológica, teórica y clínica en el campo freudiano, impugnando la paternidad médica, naturalista y evolucionista a la que Freud reconoció durante su vida entera [...] Creacionismo (del significante) contra evolucionismo (de la naturaleza)” (Braunstein 1994 33). Retornar a Freud para hacer del lenguaje el presupuesto del psicoanálisis: “es toda la estructura del lenguaje lo que la experiencia psicoanalítica descubre en el inconsciente” (Lacan, 2014c 462). En tal sentido, según Néstor Braunstein, no sería posible oponer Lacan a Freud porque la originalidad de la lectura de Lacan fue, precisamente, la de un “Freud *contra* Freud”. De ahí su condición paradójica: Lacan no sustituye a Freud, pero produce efectos sobre ese Freud que ya no es el mismo, pues si bien Freud no es lacaniano, depende de Lacan para que lo más radical de su descubrimiento, el inconsciente, sea preservado (Braunstein 1994 29).

Incluso antes de que la consigna del retorno a Freud fuera anunciada y fechada –en una conferencia en Viena en 1955 y publicada luego bajo el título “*La cosa freudiana, o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis?*”–, puede decirse que aquel ya estaba operando en el pensamiento de Lacan. Cuestión que se aprecia en los diferentes dispositivos a través de los

² Aun cuando, por momentos, el discurso de Lacan pareciera hacer guiños orientados en tal sentido. Por ejemplo, en *La instancia de la letra...*: “El retorno al texto de Freud muestra por el contrario la coherencia absoluta de su técnica con su descubrimiento [...] por eso toda rectificación del psicoanálisis impone que se retome la verdad de ese descubrimiento” (Lacan 2014c 481). Las cursivas son mías.

cuales se sostenía y circulaba por entonces su discurso.³ Ahora bien, en ese retorno Lacan va realizando diferentes puntuaciones. Los textos de la primera tópica, precisamente permitieron a Lacan poner en evidencia la condición “lenguajera” del inconsciente. Por eso en “*Función y campo...*” enfatiza la trilogía compuesta por textos de “psicoanálisis aplicado”, donde el orden significante de los sueños, fallidos y chistes salta, por así decir, a la vista: *La interpretación de los sueños*, *Psicopatología de la vida cotidiana* y *El chiste y su relación con el inconsciente*.

Ahora bien, el lugar donde la desustancialización del inconsciente –que revela su estructura significante- encuentra, en gran medida, sus primeras formalizaciones es en el análisis del automatismo de repetición del *Seminario II* y, especialmente, en el texto dedicado al análisis del cuento de Edgar Allan Poe. En este caso, curiosamente, Lacan se apoya más bien en otro corpus de textos freudianos, aquellos correspondientes al llamado “giro de 1920”. Estos son: *Más allá del principio del placer* (1920), *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921); *El yo y el ello* (1923). Para Lacan, el desafío que Freud asume en esos textos es la introducción de ciertas nociones encaminadas a sostener los principios de su “revolución copernicana”: el *descentramiento del sujeto*. Lacan parte de una profunda crítica a la filosofía que equipara el yo a la conciencia para afirmar que el sentido de la experiencia freudiana es precisamente poder reconocer que el núcleo de nuestro ser no coincide con el yo (Lacan 2004 72). Todo el *Seminario II*, durante el cuál tuvo origen el texto que comento, está dedicado a restablecer –vía la primacía de lo simbólico- la distinción radical entre subjetividad y organismo, entre el yo (*moi*) y el yo (*jè*), entre sujeto e individuo. Esa excentricidad del sujeto respecto del yo es expresada por Lacan retomando la fórmula de Rimbaud en *Cartas del vidente*: “yo es otro”.

³ Por ejemplo, podemos observarlo en el desarrollo de sus primeros seminarios. Tanto aquellos que han permanecido inéditos (1950/51 el Seminario sobre Dora; 1951/52 el Seminario sobre El hombre de los lobos; y 1952/53 el Seminario sobre El hombre de las ratas); como también los que luego fueron publicados (1953/54 Los escritos técnicos de Freud y 1954/55 El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica). También está presente en la conferencia titulada “Lo simbólico, lo imaginario y lo real” de 1953, donde expresa que el objeto de su enseñanza durante los últimos años ha sido el retorno a los textos freudianos. Por último, el escrito del mismo año, “Función y campo...”, en el que afirma que para que el psicoanálisis pueda llegar a ser una ciencia, “nada mejor podríamos hacer con este fin que volver a la obra de Freud” (Lacan 2014b 258).

1.2. Una misma inquietud como línea de continuidad: el problema de la formalización

“*Función y campo...*” y “*La letra en el inconsciente...*”, si bien constituyen una especie de denuncia y crítica del “formalismo” al que por aquellos años se intentaba someter la técnica psicoanalítica; a la vez, entre uno y otro texto puede leerse una incansable búsqueda de *formalización* de la teoría psicoanalítica. En 1953, por ejemplo, esto pareciera estar ligado nada menos que a una de las preocupaciones centrales de Lacan: “[el psicoanálisis] No dará fundamentos científicos a su teoría como a su técnica sino formalizando de manera adecuada estas dimensiones esenciales de su experiencia que son, con la teoría histórica del símbolo: la lógica intersubjetiva y la temporalidad del sujeto” (Lacan 2014b 278). En 1957 esa formalización encuentra un punto de inflexión en la noción de *letra* como estructura esencialmente localizada del significante que produce todos sus efectos de verdad en el hombre (y la mujer), sin que el espíritu intervenga en ello en lo más mínimo (Lacan 2014c 476).

El trabajo de teorización sobre el cuento de Poe, le permite a Lacan —a partir de los ejercicios de combinatoria- demostrar la *autonomía de la determinación simbólica*. La serie de operaciones puramente formales de cálculo con el significante (por ejemplo, la construcción del “repartitorio”), se orienta a visibilizar, en todo su alcance, los efectos de aquella determinación como posibilidad de efectuar operaciones que permitan definir las secuencias de significantes posibles e imposibles. Según Jorge Bekerman y Pablo Amster, Lacan aporta con esa formalización algo que todavía no estaba desarrollado en la doctrina psicoanalítica, sus fundamentos metodológicos (96). A partir de allí los supuestos básicos de la teoría y la práctica psicoanalítica alcanzarían legitimidad como interlocutores de la ciencia. Así, entre 1953 y 1957, justo a medio camino, encontramos el análisis del cuento de Poe del cual Lacan “toma prestada” una de sus instancias: la *lettre* (carta/letra). También en él, como lector de Poe, la carta había llegado a su destino.

2. La autonomía de la determinación simbólica

Si bien el escrito sobre *La carta robada* de Lacan contiene cierta complejidad conceptual, el interrogante en torno al cual se organiza es explicitado por el autor sin rodeos al comienzo:

Nuestra investigación nos ha llevado al punto de reconocer que el automatismo de repetición (*Wiederholungszwang*) toma su principio en lo que hemos llamado la insistencia de la cadena significante. Esta noción, a su vez, la hemos puesto de manifiesto como correlativa de la ex-sistencia (o sea: el lugar excéntrico) donde debemos situar al sujeto del inconsciente, si hemos de tomar en serio el descubrimiento de Freud. Como es sabido, es en la experiencia inaugurada por el psicoanálisis donde puede captarse por qué sesgo de lo imaginario viene a ejercerse, hasta lo más íntimo del organismo humano ese asimiento de lo simbólico (Lacan 2014a 23).

Veremos en este apartado, las ideas principales que allí se articulan.

2.1 Tropezar sin querer queriendo... con la misma piedra: escansiones de un interrogante

Hemos visto que la investigación de Lacan por los años cincuenta buscaba desandar el camino de Freud, siguiendo su rastro bajo el olfato de la filosofía, la lingüística, la matemática, la antropología estructural, entre otras. Como resultado, en la relectura que hace del “*Más allá...*”, la cuestión del automatismo de repetición es identificado con la insistencia significante. La noción de *insistencia*, según Lacan, resulta una traducción más equivalente del término alemán *Wiederholungszwang* utilizado por Freud en “*Más allá...*” (Lacan 2004 309). Ahora bien, lo crucial, es que tanto en Freud como en Lacan el interrogante de fondo no es otro que la pregunta acerca del *determinismo*.

Por su parte, el autor vienés había abierto dicha reflexión hacia comienzos del siglo XX, en “*Psicopatología de la vida cotidiana*”, dedicando precisamente la reflexión final de aquel trabajo al debate sobre el “determinismo, creencia en el azar y superstición”. Dicho

capítulo testimonia la relevancia del tema en los momentos inaugurales del psicoanálisis, pues como resultado de sus indagaciones, Freud nos acercaba la siguiente intelección: “si a ciertas insuficiencias de nuestras operaciones psíquicas (...) y a ciertos desempeños que parecen desprovistos de propósitos se les aplica el procedimiento de la indagación psicoanalítica, demuestran estar bien determinados por unos motivos no consabidos a la conciencia” (Freud 2012a 233). Sostener la hipótesis de un *determinismo psíquico* suponía una tarea difícil para el psicoanálisis, la de seguir metiendo el dedo en la llaga, ampliando la herida narcisista que había abierto en años recientes, ahora al demostrar que no somos totalmente dueños de nuestras acciones ni siquiera cuando fallamos. Ahora bien, como si fuera poco, hacia 1920 Freud redoblaba aquella apuesta: no conforme con afirmar la existencia de una dimensión inconsciente de los procesos anímicos; veinte años después se veía obligado a revelar la cara oscura de las pulsiones, su costado “demoníaco”: hay en la pulsión un más allá que apremia a buscar sin fin la satisfacción, incluso en la repetición de experiencias displacenteras. Esa extraña satisfacción, una cierta “ganancia” de placer en el displacer, habla de la participación de las misteriosas tendencias masoquistas del yo.

Para Lacan, lo que está en juego en los escritos freudianos de los años ‘20 es nada menos que un esfuerzo por preservar lo más radical de su descubrimiento, el carácter subversivo de la noción de inconsciente: el lugar excéntrico del sujeto respecto del yo (*moi*). En el “*Más allá...*” Freud introducía nociones suplementarias para dar cuenta de esa división del sujeto, su descentramiento, en un momento en el que la actitud eufórica de las primeras revelaciones analíticas había comenzado a debilitarse. No obstante, Lacan reprocha a sus colegas de entonces el producir lecturas de Freud que se las arreglaban para integrar el psicoanálisis a una psicología general, restableciendo la unidad del yo (*moi*).

Pues bien, si algo quiere decir Freud al introducir su nueva tópica, es justamente lo contrario. Para él se trata de recordar que entre el sujeto del inconsciente y la organización del yo no sólo hay disimetría absoluta: hay diferencia radical (Lacan 2004 96).

La pregunta por el determinismo, interrogante de fondo en la conceptualización del registro simbólico, recibe esas escansiones: 1901 en Freud; mediados de los ’50 en Lacan a través de una lectura *après-coup* del giro de 1920 freudiano.

Si lo que Freud descubrió y redescubre de manera cada vez más abrupta tiene un sentido, es que el desplazamiento del significante determina a los sujetos en sus actos, en su destino, en sus rechazos, en sus cegueras, en sus éxitos y en su suerte, a despecho de sus dotes innatas y de su logro social, sin consideración del carácter o el sexo, y que de buena o mala gana seguirá al tren del significante como armas y bagajes, todo lo dado de lo psicológico (Lacan 2014a 40).

A propósito de la noción de insistencia, creo que no resulta casual el hecho de que, precisamente, hacia el final de “*El seminario sobre...*”, Lacan vincule la cuestión de la determinación simbólica a las implicancias que podemos extraer de las lecciones de “*Psicopatología...*”⁴.

2.2 La determinación de lo simbólico o la repetición como insistencia

En “*El Seminario sobre...*” Lacan advierte que el cuento de Poe muestra la verdad del pensamiento freudiano: “es el orden simbólico el que es, para el sujeto, constituyente, demostrándoles en una historia la determinación fundamental que el sujeto recibe del recorrido de un significante” (Lacan 2014a 24). La articulación entre psicoanálisis y lingüística durante los años ‘50, sin olvidar la antropología estructural, permite a Lacan pensar una noción de subjetividad que es producto del orden significante. El epígrafe que encabeza este trabajo sintetiza esa idea central. Remite a lo que Colette Soler define como la *hipótesis lacaniana*. La autora afirma que la tesis por excelencia de Lacan no equivale a que el inconsciente sea lenguaje, sino más bien el planteamiento de que el lenguaje, siendo el orden propio de lo humano, se inscribe en lo real y lo transforma. No hay manera de comprender las formaciones del inconsciente sin reconocer que el lenguaje, lejos de ser un simple medio de expresión o recurso de comunicación, es antes que nada un operador que

⁴ Cabe destacar incluso el tono conclusivo con el que aparece dicha referencia.

metamorfosea lo real (23)⁵. Esto es lo que está en juego al comprender al sujeto como efecto de la cadena significante: ser acogido en la dimensión del lenguaje que lo precede y envuelve, convertirse en ese ser hablante en el que se transforma todo/a niño/a, es una salida de *lo natural*, esto es, del ser propio del animal (tal como lo podemos imaginar) en cuanto a su coalescencia con lo real. Su instalación en el orden de la cultura, aparta al individuo humano del continuo indefinido de lo real. La consecuencia de este desarraigo es que su naturaleza de pertenencia queda abolida y se transpone a otra legalidad: la jurisdicción del deseo que, a diferencia de aquel orden natural guiado por el instinto, implica la postergación de la satisfacción (la prohibición del goce) y el reconocimiento del otro/a para significar una evidencia corporal que se le ha escapado (De Santos 196).

En efecto, la constitución simbólica del orden humano introduce un *corte* con la naturalidad propia del resto de los seres vivos. La introducción del orden significante conduce a los seres humanos por un camino que no es el de la *adaptación*. En tanto organismo vivo es como los animales sujeto de necesidades, pero el doble hecho de su prematuración al momento de nacer y la organización cultural que le preexiste, hace que la satisfacción de la necesidad humana sea imposible sin el auxilio de otro humano, regulado a su vez por el lenguaje. Esa condición prematura del recién nacido permite la instalación del *parasitismo* del significante (Cosentino y Rabinovich 27): el organismo se vuelve la presa del significante y éste su parásito... creando un nuevo nivel de experiencia de satisfacción. Instalado en el lenguaje, el sujeto sabrá de la vida únicamente a través de su traducción en las significantes equivalencias que la simbolizan y que podrán retornar solo como deseo. Así, sus relaciones con los otros y con las cosas no tendrán otra consistencia que la de su capacidad para significarlas. Dice De Santos:

es el precio que lo real corporal paga a la posibilidad de tomar conciencia de lo intraducible de los jadeos, las flatulencias, los suspiros y otras noticias de su turbia naturaleza. No es alto, si

⁵ Sobre este primer paso dado por Lacan en torno al lenguaje, reconociendo el efecto sobre el inconsciente freudiano, tendrán lugar posteriormente diferentes articulaciones teóricas. Colette Soler afirma que será esa hipótesis la que sostendrá, hacia 1970, la noción misma de campo lacaniano; el concepto de discurso, la noción de *parlêtre*, etc.

consideramos la riqueza de dar sentido y hacer comunicable, para sí y para los otros, esos datos informes de la fisiología (144).

La necesidad hecha pulsión pierde su relación con lo vital instintivo, con *bíos*, vida, para guiarse por una regulación que es la del significante, que opera ahora con su propia legalidad (metonimia y metáfora). Si a nivel del organismo la inercia de la homeostasis tiende a mantener el nivel de excitación según las exigencias de un equilibrio interno constante, el sistema inconsciente no será caracterizado por su inercia sino por su *insistencia*, sobre la cual se funda el automatismo a la repetición (Cosentino y Rabinovich 32). Estamos ahora bajo lo que se conoce como la *primacía del significante* o, mejor dicho, de la cadena significante; concepto a través del cual Lacan intentó transmitir el hecho de que el significante prescinde de toda cogitación para producir significaciones. El orden significante opera en un *topos* exterior al sujeto hablante, produciendo, de por sí, de manera autónoma, las significaciones. Es lo que Lacan demuestra en el análisis que hace del cuento de Poe por medio de la serie de ejercicios a partir de los diferentes alfabetos ([+/-]; red [1-3]; [S/D]; [αβγδ]) y sus respectivas sintaxis: la heteronomía y exterioridad de lo simbólico, esa producción de efectos de la palabra más allá de todo “querer decir”, es para Lacan el concepto mismo de inconsciente.

El sujeto hablante no es un mero organismo vivo que se adapta a una realidad predeterminada sino que es producto de una cadena simbólica que, en su insistencia inconsciente, irrumpe alterando el equilibrio homeostático. Es decir, no estamos frente a funciones fisiológicas que podríamos imaginar como pertenecientes a un orden natural, sino más bien se trata de necesidades que ahora beben de la memoria y se alimentan de ilusiones. Incluso, advierte Diana Rabinovich, esto instala —podría decirse— una condición *antivital*: una materialidad atravesada, mortificada, profundamente trastocada por la combinatoria significante que se despliega en la dialéctica histórica que regula la lucha de clases sociales, las relaciones intergeneracionales y la diferencia entre los sexos. De allí que esa insistencia no encuentre otra motivación que no sea *prevital* (anterior a la vida del sujeto, la cadena significante en la que está inscripto antes de su advenimiento) y *transbiológica* (el Gran Otro introduce una coerción que es tan importante como la del código genético

mismo) (Cosentino y Rabinovich 35). Punto crucial de la teorización lacaniana sobre el registro simbólico que permite, por un lado, sortear las aporías que presenta la oposición dilemática entre lo individual y lo colectivo y, a la vez, abandonar las dificultades conceptuales a las que nos enfrentaban otras propuestas como aquella de un “inconsciente colectivo” –de raigambre junguiana- o la transmisión “filogenética” sostenida en varias oportunidades por el propio Freud.

2.3. El triunfo de la sintaxis

Bekerman y Amster realizan un exhaustivo comentario de “*El seminario sobre...*”. El estudio de estos autores concluye con un apartado escrito por el primero de ellos en el que extrae las consecuencias que, para el psicoanálisis, arrojan los complicados ejercicios matemáticos realizados en la particular “Introducción” del texto lacaniano. Para Berkerman, esas consecuencias se condensan en una frase, “el triunfo de la sintaxis”, puesto que sintetiza lo fundamental de toda la teorización hecha alrededor de *La carta robada*: la autonomía de la determinación simbólica.

El ser hablante considerado tradicionalmente como un operador de la lengua a partir de la cual emite determinados mensajes, lejos de ser el autor constituyente de tal mensaje, es por su parte un ser constituido por el lenguaje, un efecto de la cadena significante. Esas leyes del lenguaje teorizadas por Lacan reconocen los mecanismos que Freud designaba como “trabajo del inconsciente” pero con una diferencia, el énfasis de Lacan resalta que el inconsciente *trabaja solo*. La hipótesis de una autonomía de lo simbólico permite a Lacan pensar una noción de determinación que consiste en una ley que carece de intención: “Nada, indudablemente, sucede sin causa, nos dice el determinismo, pero es una causa sin intención” (Lacan 2004 437). Es el esfuerzo intelectual al que se ve arrojado Lacan a lo largo de todo el *Seminario II*, procurando argumentar acerca de esa relación de *exterioridad* en la que hallamos al sujeto del inconsciente respecto del yo (*moi*). Esa excentricidad entonces es sobre la que adquiere fundamento la idea de la *autonomía* de lo simbólico.

Ahora bien, una vez reconocida la eficacia propia de lo simbólico, Lacan en “*El seminario sobre...*” quiere demostrar la pérdida de transparencia que supone la inscripción simbólica respecto de lo real: “Vamos a ver cómo se opacifica la determinación simbólica al mismo tiempo que se revela la naturaleza del significante” (Lacan 42). Las sucesivas transcripciones a la que somete el plano de realidad constituido por las series de *caras* y *secas* (tiradas al azar) dejan ver cómo la sintaxis correspondiente a los diferentes alfabetos produce, en sus respectivas traducciones, una relación opaca con esos sucesos. Al igual que la trama en *La carta robada*, se trata de comprender que los efectos del significante determinan modos de ocultar que, paradójicamente, resultan de *dejar a la vista*.

En sus comentarios, Bekerman señala cuatro consecuencias para la teoría y la práctica psicoanalítica que cabe presentar en forma breve y sumaria. Ellas son: 1) una indicación de orden metodológica; 2) una apreciación sobre la asociación libre; 3) la producción de un real; 4) la idea de la repetición como determinación *après-coup*. Entonces, en primer lugar, el triunfo de la sintaxis metodológicamente permite que el trabajo psicoanalítico consista en un movimiento interno al sistema simbólico, una operación de cálculo con el significante que hace que el/la analista –al asumir las consecuencias prácticas de la opacidad de la cadena significante con la realidad que transcribe- considere los dichos del/la analizante con independencia de lo que sucedió en el plano de los “hechos”. Es decir, se trata de tomar los dichos del sujeto como puros significantes que no significan nada en sí mismos, sino que el sentido de un término depende estrictamente de su articulación con otros términos.

En segundo lugar, a su vez la autonomía de la determinación simbólica constituye el soporte de la asociación libre. Lacan demuestra que la cadena significante transcribe los sucesos determinados por el azar aunque lo haga –operación sintáctica por medio- de un modo opaco, obliterado. Así, las operaciones puramente formales del cálculo con el significante (por ejemplo, la construcción del repartitorio) muestran el alcance concreto de la autonomía de lo simbólico: permite determinar -sin necesidad de tomar en cuenta el plano de sucesos de la realidad- que hay secuencias posibles y secuencias que resultan

imposibles; y hasta calcular con precisión qué único término debe aparecer necesariamente en un cierto lugar (Bekerman y Amster 97).

En continuidad con el punto anterior, podemos observar que si el triunfo de la sintaxis hace posible determinar con exactitud los términos cuya aparición es posible en la cadena, además, concomitantemente, permite calcular las combinaciones que por no cumplir con los requisitos sintácticos quedan *excluidas* de dicha cadena (Bekerman y Amster 98). Estas secuencias excluidas de las cadenas por “prohibición sintáctica” es lo que Lacan denomina *caput mortuum* (el residuo de la combinatoria significativa). En efecto, la noción de repetición como insistencia significativa debe tomar en consideración tanto la insistencia de lo que el/la analizante dice como la insistencia de lo que *no* dice. Con las secuencias excluidas de la cadena queda formalizado otro real, no uno “presimbólico”, sino

un real de las secuencias que se demuestran imposibles de articular como consecuencias de la aplicación de las reglas de la sintaxis en las sucesivas transcripciones. En efecto, una vez producida la articulación podemos distinguir dos dimensiones de lo real en relación a la misma: por un lado la serie de caras y secas producida al azar, por el otro las combinaciones imposibles, producidas por las leyes de la sintaxis (Bekerman y Amster 99).

Se trata entonces de un real “presimbólico” y de otro real producto de lo simbólico, es decir, un real que de ningún modo y bajo ninguna forma preexistía a esa articulación significativa. Este real producto de la sintaxis, “postsimbólico”, es un real que no es el de las funciones biológicas.

Por último, la sintaxis también hace valer su triunfo sobre la temporalidad el sujeto, estableciendo la función constructiva del *après-coup*. La autonomía de lo simbólico resitúa la relación pasado-presente en una especie de “anomalía temporal” respecto del sentido al que estamos acostumbrados a pensar (la “flecha” del tiempo, continua y progresiva). El ingreso al registro de la temporalidad responde a la instauración de la subjetividad en el orden simbólico. A partir de allí, se abre para el sujeto una diferencia radical entre necesidad (biológica) y pulsión (simbólica), la misma brecha que en la temporalidad produce la distinción entre memoria y *memoración*. La cadena significativa es pues una dimensión de la

memoria que el inconsciente descubre, una memoria diferente a de la memoria vital, del instinto: “la memoración de que se trata en el inconsciente –freudiano, se entiende- no es del registro que suele suponérsele, en la medida en que ésta sería propiedad de lo vivo” (Lacan 2014a 51).

3. Dejarse morder sin ser devorado

Indagar en la conceptualización que realiza Lacan sobre el registro simbólico durante el período analizado, precisa considerar también los atolladeros conceptuales a los que, al menos tendencialmente, puede conducirnos. Algunas de esas tensiones se relacionan con las resonancias que el estructuralismo produjo sobre su pensamiento, pues la década del 50, se trataría del momento en el que Lacan se encontró más próximo a las tesis estructuralistas (Braunstein 1982; Rabinovich 2012).

No se trata aquí de realizar un balance crítico del estructuralismo *in toto*. Sabemos que Lacan se rehusó a ser incluido dentro de dicho movimiento, con el cual mantuvo más bien una relación compleja y siempre singular. Es verdad que fueron muchos los estructuralistas que mantuvieron una posición inconfesa, es decir, negaron su filiación estructuralista al mismo momento que la amplia recepción de sus trabajos descansaba sobre aquel supuesto, tales los casos de Michel Foucault y Louis Althusser (Sazbón). Un punto a considerar, es que encontramos durante esta época ciertos interrogantes en el discurso lacaniano que anticipan el clima intelectual francés de los años 60. Algunos ya he mencionado, como por ejemplo la preocupación por una extremada formalización; el rechazo del humanismo; un fuerte cuestionamiento a toda filosofía de la conciencia. Elocuente para cada uno de esos asuntos resulta el *Seminario II*, curso desarrollado durante el año académico 1954/1955.

La conceptualización que por entonces hace del orden simbólico y de las leyes del lenguaje recibe esa impronta, a la manera de una particular *acentuación*⁶. Al momento de escribir “*El seminario sobre...*”, Lacan contaba con sus “tres registros esenciales de la realidad humana”: lo simbólico, lo imaginario y lo real (Lacan 2017). Sin duda, desde el comienzo, para Lacan se trataba de tres órdenes interrelacionados –aunque faltaría un tiempo para que sean pensados alrededor del *nudo borromeo* y resaltadas sus equivalencias. Ahora bien, también sabemos que en diferentes momentos del desarrollo de su pensamiento cada uno de estos órdenes recibió distinto énfasis. Así, durante los años ’40, el acento estuvo puesto sobre lo imaginario, cuyo desarrollo más conocido decanta en la teoría del estadio del espejo. Posteriormente, fue el registro de lo real el que cobraría preeminencia hacia fines de la década del ’60, desde la problemática abierta por el *das Ding* en el *Seminario VII* y, especialmente, a partir de la noción de *objeto a* articulada durante el *Seminario X*. De la misma manera, la tarea encomendada a “*Función y campo...*” se podría decir que fue inaugurar el turno correspondiente a la acentuación del registro simbólico.

Toda la terminología empleada en aquellos años, las *palabras clave* que dan sentido a la determinación que el sujeto recibe de lo simbólico, su marca significante, expresan dicha acentuación. Precisamente, la idea de una *autonomía* de lo simbólico, pero también la noción de Gran Otro (en mayúsculas), de Otro *absoluto*, de la *primacía* del significante, de la carta como *puro* significante, etcétera. Todas esas fórmulas dejan desprender una noción de *otredad* respecto de la cual el yo no se plantea oponiéndose, sino que refiere a un otro más allá de toda intersubjetividad (Lacan 2004 266). A ello responde finalmente el análisis sobre *La carta robada*. En el juego de “par e impar”, la simple simbolización a través de los signos de los más (+) y los menos (-) y su transcripción agrupando de a tres, engendra por sí misma sus propias necesidades, donde el sujeto no fomenta este juego sino que toma allí su lugar: es él mismo un elemento de esa cadena que, tan pronto como es desplegada, se organiza siguiendo sus leyes.

⁶ Según Rabinovich (2017), los énfasis de Lacan han de ser tomados por lo que son, un acento, un subrayado, no una causa primera.

3.1. La operación de corte

La autonomía de la determinación simbólica que amarra la subjetividad –el triunfo de la sintaxis según el apartado anterior-, es el particular sesgo que jalona la concepción de Lacan sobre lo simbólico, orientación que introduce por esos años ciertas tensiones. Monique Schneider refiere el problema al *platonismo* que asoma principalmente en sus comienzos: “el espectro de Platón asedia la palabra de Lacan” (217)⁷. La referencia a la tradición platónica, por ejemplo en el *Seminario II*, es explícita. Pero también podemos observarla, de un modo más general, operando en la orientación que Lacan otorga a su enseñanza, situándola, según Schneider, en el mismo punto que la empresa platónica: efectuar una salida de la Caverna poniendo al descubierto aquello que permite emerger del mundo de la ilusión, una operación que implicaría un movimiento de superación y verticalidad: movimiento de trascendencia (218). Tal es la función que cumple la instancia de lo simbólico, referir el conjunto de la experiencia a un principio de *trascendencia* radical. Allí cobra todo su sentido la insistencia de Lacan por preservar la pureza de lo simbólico, la operación de corte respecto de lo imaginario. Así, cuando presenta el *Esquema L* –en un intento por graficar los dos vectores que permanecen ligados en la realidad, lo imaginario y lo simbólico-, el esfuerzo por subrayar el peso de lo simbólico, su autonomía, coloca a lo imaginario en un lugar un tanto menospreciado, un obstáculo en el progreso de la realización del sujeto a nivel de lo simbólico:

Somos seres encarnados, y siempre pensamos por medio de algún
expediente imaginario que detiene, para, embrolla la mediación

⁷ Al momento de finalizar una primera versión de este artículo, personalmente desconocía el trabajo de Monique Schneider. Encontré una brevísima referencian en un trabajo de Michel Tort sobre la figura del padre en psicoanálisis. El título me interpelo inmediatamente, “La trascendencia de lo simbólico”, pues se trataba precisamente de la dificultad que había querido destacar en relación a la noción de autonomía de lo simbólico. Posteriormente, al leerlo en su totalidad, me sorprendieron las mayores coincidencias con la mirada de la autora: la alusión a la ambivalencia que marca el pensamiento de Lacan, la cuestión de la trascendencia como el riesgo teórico al que lo enfrenta su particular concepción, las puntuaciones que realiza sobre el Seminario II, la alusión al problema de la hipostasis. Sin dudas este trabajo se ha visto fortalecido a partir de la lectura de ese breve artículo de Schneider, en el que el conjunto de esos asuntos son reenviados a la presencia de la tradición platónica en Lacan.

simbólica. Esta se ve perpetuamente cortada, interrumpida (Lacan 2004 471).

En efecto, la inevitable encarnación del lenguaje viene evocada por Lacan en términos de caída o de mancilla, igual que en el tejido metafórico platónico; y la salvación psicoanalítica, siguiendo en esto al ideal matemático, consistirá en restablecer en su pureza un orden simbólico limpio de escorias imaginarias (Schneider 222-223).

Según Moustapha Safouan, “queriendo asegurar al orden simbólico su claridad *conceptual*, sin hablar de su autonomía, Lacan llegó hasta separarlo *realmente* del orden imaginario” (40-41)⁸. Esa división radical entre ambos registros, que procura preservar la pureza de lo simbólico manteniéndolo a distancia de cualquier complicidad con lo viviente, lleva a Lacan a proponer la “máquina” (cibernética) –figura largamente trabajada en el *Seminario II-*, para pensar su funcionamiento: “si algo pone de manifiesto la cibernética es, sin duda, la diferencia entre el orden simbólico radical y el orden imaginario” (Lacan 2004 452).

El descentramiento del sujeto respecto del yo (*moi*), bajo la idea de un Otro absoluto, despierta el recelo ante la posibilidad de reintroducir subrepticamente una nueva *trascendencia*. A lo largo del *Seminario II* llaman la atención –por reiteradas- las acaloradas discusiones que al respecto mantiene Lacan con su audiencia, una polémica que la mayoría de las veces no encuentra tramitación; en el sentido que afloran y reaparecen, *insisten* ciertos interrogantes que la acentuación de lo simbólico conlleva y que el mismo Lacan procura incorporar a su propio discurso. Por ejemplo, advirtiendo que sería en el propio Lévi-Strauss, el lugar en donde podemos encontrar semejante titubeo:

Lévi-Strauss oscila, y por una razón que puede causarles sorpresa pero que él confiesa, teme que bajo la forma de la autonomía del

⁸ Por supuesto, aquí cabe hacer una advertencia. Es posible encontrar pasajes en la obra de Lacan – correspondientes al recorte temporal que aquí he tomado- que mencionan el carácter ineliminable de lo imaginario. A modo de ilustración, en la clase “Psicoanálisis y cibernética o de la naturaleza del lenguaje”, del 22 de junio de 1955, podemos leer: “Aquí interviene un hecho inestimable que la cibernética pone en evidencia: hay algo que no se puede eliminar de la función simbólica del discurso humano, el papel que en ella desempeña lo imaginario!” (Lacan 2004 452). Lo que sucede es que en la totalidad del discurso, frente a la acentuación que se hace del registro simbólico, estas referencias pierden toda relevancia teórica.

registro simbólico vaya a reaparecer, enmascarada, una trascendencia que por sus afinidades, por su sensibilidad personal, no le inspira sino temor y aversión. En otros términos, teme que después de haber hecho salir a Dios por una puerta, lo hagamos entrar por la otra. No quiere que el símbolo, hasta en la forma extraordinariamente depurada con la cual él mismo lo presenta, no sea más que la reaparición de Dios bajo una máscara (Lacan 2004 59).

En síntesis, Schneider señala que el espacio que hace de telón de fondo al esquema de pensamiento presentado por Lacan es dualista, maniqueo y se centra en un ceremonial de separación y aislación: “Ceremonial que perpetúa la herencia griega consistente en la delimitación de un *templum*, de un recinto sagrado en el cual permanecen encerradas las entidades inteligibles, preservadas de cualquier contaminación con lo empírico, lo imaginario o lo viviente” (224).

3.2. El peligro de un simbólico tan autónomo como hipostasiado

Resulta difícil, dialéctica mediante, acentuar un polo sin caer en su contrario. Si la conceptualización de Lacan contribuye a pensar al lenguaje como condición constitutiva de los seres humanos, y más precisamente presentarlo en tanto más allá autónomo respecto de toda actividad consciente; corre el permanente riesgo de afirmar el lenguaje como un sistema fijo, objetividad abstracta que, en tal sentido, cobra la apariencia de un sistema *ya dado* y relativamente *acabado*. El principio de exclusión y corte que parece gobernar el acceso al orden simbólico se vuelve contra sí mismo, haciendo que de este modo aparezca como temible el elemento imaginario.

El corolario de lo anterior, es la particular noción de lo simbólico que tiene Lacan por aquellos años, bajo la apariencia de un *sistema total, completo*. A propósito de la reflexión de Levi Strauss, Lacan dice: “A partir de ella podemos formular la hipótesis de que el orden simbólico, por cuanto se plantea siempre como un todo (...) debe estar igualmente estructurado como un todo, vale decir que forma una estructura dialéctica acabada, completa” (Lacan 2004 52). De ahí en más el lenguaje tiende a ser considerado en tanto

código cerrado: “El lenguaje es un sistema de signos y, como tal, sistema completo” (Lacan 2004 426)⁹. Ahora bien, no hay otra forma de sostener esa autonomía de lo simbólico sino es cediendo a la tentación de la hipostasis, de la construcción de entidades ideales separadas de la operación (actividad) de la que es resultado. Monique Schneider señala que lejos de todo compromiso con la vida, es por el contrario el culto del número lo que focaliza la instalación del orden simbólico: “el culto del número, no de la operación que de hecho es inseparable de él” (227). Se trata de reintroducir la sintaxis en la dialéctica propia de lo histórico-social, en el que la combinatoria significativa tiene lugar. Porque la determinación simbólica, vía la dinámica de lo social, está lejos de configurar un terreno homogéneo; cuestión que queda hipostasiada incluso en la terminología que emplea Lacan para nombrar su registro, “orden simbólico”. A consecuencia de ello, el triunfo de la sintaxis pareciera por momentos anotar su éxito a costa del problema de la historicidad, esto es, sin dejar espacio para plantear ciertas preguntas: por ejemplo, ¿por qué tenemos una sintaxis y no mas bien la nada? ¿Por qué *esa* sintaxis y no *otra* cualquiera?

Colette Soler advierte cuál es la dificultad que se presenta: el discurso se presta a que se le otorgue un valor universal, porque fabrica lo que hace de todo ser humano singular, el uno de la *omnitudo*, disimulando de hecho su contingencia radical. Lo propio de un discurso es confundir las significaciones que produce su entramado con la realidad misma, haciendo que consideremos nuestras prácticas y las diversas formas de habitar este mundo como si correspondieran a un orden natural. En consecuencia, señala la autora, el discurso sólo se interpreta *desde fuera*, la interpretación solo puede surgir desde otra parte: desde *otro* discurso, construido sobre la historia de *otros* sujetos y sostenido en *otras* prácticas. Es en el campo de lo social precisamente donde la palabra se vivifica, donde tienen lugar las leyes del lenguaje, la metonimia y la metáfora, la creación significativa que

⁹ Para Néstor Braunstein es en torno a este punto que se juega la diferencia entre psicoanálisis y lingüística, en lo concerniente a la concepción que tiene cada uno del sujeto. Mientras que para la lingüística se trata de un sujeto formalizable, calculable, potencialmente capaz de decir todo lo que el sistema permite decir; por el contrario, para el psicoanálisis se trata de un sujeto anómalo, rebelde a la formalización y, en definitiva, no matematizable ni logicizable (Braunstein 1984 212-214). Es el límite que opone el equívoco, el lapsus y las formaciones del inconsciente a la procura de formalización de la combinatoria significativa que encontramos en el texto sobre La carta robada.

arroja como resultado el encuentro inter-subjetivo. Diálogo entre los individuos que lo encarnan, pero también cruce entre las subjetividades que los sujetan –discursos- y que posibilitan dualidad especular, pero también la interpelación, la destitución, e incluso la *interpretación* entre esos diferentes discursos.

Entonces, un simbólico hipostasiado porque para Lacan toda palabra encarnada es fruto de una degradación, una contaminación con el elemento imaginario. En relación a esto tiene lugar la intervención de Octave Mannoni en la última clase del *Seminario II*, para quien

este doblez imaginario no corta solamente, sino que es el alimento indispensable del lenguaje simbólico, y que el lenguaje, si se lo priva completamente de ese alimento, se convierte en la máquina, es decir, en algo que deja de ser humano (Lacan 2004 471).

En definitiva, lo crucial es pensar una construcción de discursos que no reniegue de los lazos sociales que enhebran su sentido. Es decir que el puente que cubre el abismo entre naturaleza y cultura es el lenguaje comprendido como extensión de lo social. Es en el dialogo entre semejantes donde puede emerger la pregunta que *interroga* la(s) cadena(s) significante(s), como condición de posibilidad de la irrupción de sentidos nuevos. Puesto que en definitiva es la capacidad para plantear preguntas lo que nos diferencia de las máquinas, y eso gracias a la capacidad para reconocer una alteridad.

En el trabajo arriba citado de Jorge Bekerman, el autor afirma que para entender “*La carta robada*” así como también “*El seminario sobre...*”, no alcanza con captar lo que sucede dentro del texto, sino que hay que advertir además los efectos del texto sobre sus lectores/as. Nosotros como lectores/as, tanto de Poe como de Lacan, somos igualmente afectados/as por el desplazamiento de la carta/significante. Al igual que lo que les sucede a los personajes del cuento, no podemos adentrarnos al texto sin ser arrastrados, modelados en nuestro ser, convertidos/as en otros/as hombres y mujeres. Es el momento en el que podemos empezar a hablar de la lectura como experiencia, cuando sus efectos muerden nuestra subjetividad orientando nuestro deseo. Es lo que apasiona a Lacan del cuento de Poe:

Cuya esencia es que la carta haya podido producir sus efectos dentro: sobre los actores del cuento, tanto como fuera: sobre nosotros, lectores, e igualmente sobre su autor, sin que nunca nadie haya tenido que preocuparse de lo que quería decir (Lacan 2014a 65)

El riesgo al que nos enfrenta el sesgo teórico aquí señalado, es que *tras el gustito de dejarse morder, uno termine por ser devorado*. “Movimiento de apertura, peligro de rigidez” (Schneider 228). Tal es el problema que supone considerar la eficacia propia que desencadena la insistencia significativa en forma desligada de la dialéctica que tiene lugar en el campo de lo social. Es el punto en el que Lacan muestra su mayor justeza, puesto que tal vez refiere a las vicisitudes que atraviesa el deseo en todo sujeto. Por ello la importancia de reintroducir el juego entre subjetividades —con sus específicas y heterogéneas determinaciones- como único terreno a partir del cual resulta posible sustraerse de la tentación siempre presente de lo absoluto, a reducir nuestra experiencia histórica (todo lo fantasmal y discursivamente constituida que se quiera) a la imagen hipostasiada de cualquier *orden*, ya sea natural o simbólico. Última escala en la que podemos reconocer la *insistencia* de toda cadena significativa: la tendencia a negar la radical apertura del mundo.

A modo de cierre

La obra de Lacan está atravesada por importantes fracturas y giros, es por ello renuente a todo intento de homogeneización o solución de continuidad. En este trabajo he revisitado la tematización que realiza Lacan del registro simbólico en un período determinado de su desarrollo intelectual, la década del ‘50, a partir de los interrogantes que decantan en un texto concreto, “*El seminario sobre...*”. Por supuesto, para el rastreo he recurrido a otros textos que resultan clave en las articulaciones teóricas que propone por entonces alrededor de la teoría del significante. Hacia 1957 la “*Instancia de la letra...*” marca —en tanto hito- el mayor acercamiento de Lacan a la tesis de la lingüística estructural. De allí toman su inspiración todas las fórmulas que en aquella época vinculan inconsciente y lenguaje. El análisis del cuento de Poe coincide con ese proyecto. De esa apuesta es

deudora la hipótesis de una autonomía de la determinación simbólica, como también las dificultades que supone la tendencia a desligar el orden simbólico de los otros dos registros que componen la estructura (la operación de corte). Este trabajo ha procurado dar cuenta de la ambivalencia que sostiene el pensamiento de Lacan en torno a lo simbólico, el cual permite abrir una alternativa a la concepción esencialista de la subjetividad (la mirada biologicista sobre la noción del inconsciente), pero se trata de una aventura que lo expone a sus propios riesgos, como es la posibilidad de reintroducir el problema de la trascendencia, propia de una tradición situada en las fuentes del pensamiento idealista.

El mismo texto sobre *La carta robada* testimonia las torsiones que tendrá con posterioridad el pensamiento de Lacan. En uno de los pasajes introducidos en 1966, en ocasión de la edición y publicación de los *Escritos*, hay una referencia que da cuenta de los distanciamientos que comenzaban a asomar entre Lacan y Levi-Strauss¹⁰. Braunstein afirma que hacia 1970 ese amor –en verdad unilateral– con la lingüística entraría en crisis. Fruto de ese desengaño amoroso nace lo que Lacan llamaría posteriormente su *linguistería*, y con ella toda la teorización posterior en torno a las nociones del hablante (*parlêtre*) y la lengua (*lalangue*). “A partir de entonces se observa una especie de reflujo, un abandono de las estructuras formales y una recuperación del sentido y de la verdad de la experiencia” (Braunstein 1984 226).

Al comienzo de este artículo adelantaba que el interés por la noción de “orden simbólico” en Lacan refería al posible vínculo con las ciencias sociales. El tratamiento que realiza Lacan de dicho registro supone reconocer la condición lenguajera que define al objeto del psicoanálisis, el sujeto del inconsciente. El psicoanálisis ha elaborado una teoría del sujeto que conlleva importantes consecuencias para el resto de las disciplinas, y tal vez sea *ese* el punto que permite apostar a una articulación –diálogo– entre psicoanálisis y ciencias sociales. Pues dicha vinculación pasa sin dudas por el lenguaje, su autonomía,

¹⁰ El pasaje un tanto críptico es el siguiente: “Nadie sin duda dedicó una labor más meritoria a estas páginas que uno cercano a nosotros, que finalmente no vio en ellas sino motivo de denunciar la hipóstasis que inquietaba a su kantismo. Pero el propio cepillo kantiano necesita su álcali” (Lacan, 1956/2014a: 52). Debo la aclaración al trabajo de Silvia Mulder (2012), donde se pueden encontrar mayores precisiones.

materialidad y eficacia que lo inscribe en lo real, metamorfoseándolo. Lacan con el tiempo generaliza su hipótesis: es la estructura del lenguaje lo que constituye al *hablaser* y su mundo. De allí que Colette Soler pueda decir que el “campo lacaniano” excede con mucho el campo del discurso analítico. Recordemos, para ser breves, un texto clásico de Pierre Bourdieu donde nos advertía: “Quizá la maldición de las ciencias del hombre sea la de ocuparse de un objeto que habla” (Bourdieu, Chamboredon y Passeron 63).

Si el “retorno a Freud” emprendido por Lacan durante los ’50 buscaba reubicar los fundamentos de la “técnica” psicoanalítica; del mismo modo, podemos pensar que esa reposición modifica la articulación entre teoría, objeto y método para el conjunto de las ciencias sociales. La teorización sobre el lenguaje y sus efectos sobre la constitución del sujeto abre un camino privilegiado a la producción de saber sobre el campo histórico-social: las historias de vida, entrevistas en profundidad y observación participante –vías metodológicas institucionalizadas para las ciencias sociales-, no son sino procedimientos que tienen en común el recurso a la palabra de los sujetos y su puesta en discurso como modo de abordaje del mundo histórico-social. Desde la sociología clásica es lo que se ha denominado “perspectiva del actor”. Aunque lo que resulta crucial como aporte de la interrogación lacaniana, es permitir escapar al *individualismo metodológico* al que históricamente estuvo sometida (Weber).

La cuestión que está en juego es la siguiente ¿En qué medida el relato que proveen los sujetos sobre sus propias trayectorias de vida y experiencia personal puede aportar al conocimiento sobre los procesos histórico-sociales? ¿Qué estatuto dar al relato que proveen los sujetos sobre su propia experiencia? Estos problemas reenvían a la manera como pensamos la relación entre individuo y sociedad. La mirada de Lacan sobre la subjetividad contribuye a argumentar una respuesta a esas preguntas. Su perspectiva se inscribe en las tradiciones de pensamiento que han levantado sospecha sobre la ilusión de transparencia: en el relato sobre su experiencia el sujeto dice más de lo que quiere decir, ese es su testimonio.

¿Es el lugar que ocupó como sujeto del significante, en relación con el que ocupó como sujeto del significado, concéntrico o excéntrico? Ésta es la cuestión [...] No se trata

de saber si hablo de mí mismo de manera conforme a lo que soy, sino si cuando hablo de mí, soy el mismo que aquel del que hablo (Lacan 2014c 483-484).

El descubrimiento freudiano deja ver una “hiencia” en el hombre que da cuenta de la existencia de una “heteronomía radical” en su ser y que ninguna disciplina puede ya recubrir. La posibilidad de pensar un más allá de la intersubjetividad, pudiendo elucidar el lugar excéntrico del cual los sujetos reciben una determinación, es quizás el mayor aporte también a las ciencias sociales del texto sobre *La carta robada*. El inconsciente es lo que está más allá de todos los sujetos, incluso “podríamos llamar Nemo a este sujeto fuera del sujeto” (Lacan 2004 241), “lo que en el sujeto es del sujeto y no es del sujeto” (Lacan 2004 37). No obstante, he querido señalar la necesidad de reintroducir la historicidad de *eso* que habla. Si los relatos de los sujetos pueden dar testimonio, a través de la singularidad irreductible de sus experiencias y trayectorias de vida, del campo histórico social, es porque en su decir ya son hablados por los significantes que provee aquel Otro *surcado* por las relaciones de clase, raza y género, por decirlo bajo la forma clásica como se han pensado las relaciones de poder en una formación social.

© Mariano Salomone

Referencias bibliográficas

- Assoun, Paul-Laurent. *Freud y las ciencias sociales*. Barcelona: Ediciones del Serba, 2003. Impreso.
- Bekerman, Jorge y Amster, Pablo. *La carta robada y su introducción. En torno del Escrito Uno de J. Lacan*. Buenos Aires: Russell, 1999. Impreso.
- Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean-Claude y Passeron, Jean-Claude. *El oficio del sociólogo*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008. Impreso.
- Braunstein, Néstor. *Freudiano y lacaniano*. Buenos Aires: Manantial. 1994. Impreso.
- . "Lingüística (Lacan, entre el lenguaje y la lingüística)". N. Braunstein, ed., *El lenguaje y el inconsciente freudiano*. Mexico, DF: Siglo XXI, 1982. 161-235. Impreso.
- Cosentino, Juan Carlos y Rabinovich, Diana. *Puntuaciones freudianas de Lacan: Acerca del más allá del principio de placer*. Buenos Aires: Manantial. 2000. Impreso.
- De Santos, Blas. *La fidelidad del olvido. Notas para un psicoanálisis de la subjetividad militante*. Buenos Aires: El cielo por asalto. 2006. Impreso.
- Freud, Sigmund. "Psicopatología de la vida cotidiana". S. Freud, *Obras completas: Sigmund Freud*, 2ª ed., Vol. VI. Buenos Aires: Amorrortu. 2012a. Impreso.
- . "Más allá del principio del placer". S. Freud, *Obras completas: Sigmund Freud*, 2ª ed., Vol. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu. 2012b. 7-62.
- Lacan, Jacques. *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 2: El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós. 2004.
- . "Lo simbólico, lo imaginario y lo real". Conferencia pronunciada en el Anfiteatro del Hospital Psiquiátrico de Sainte-Anne, París, el 8 de Julio de 1953. *Lacanterafreudiana.com.ar*. Web. 25 de marzo 2017.
- . "El seminario sobre 'La carta robada'". J. Lacan, *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2014a. 23-69. Impreso.
- . "Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis". J. Lacan, *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2014b. 231-309. Impreso.
- . "La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud". J. Lacan, *Escritos I*. Buenos Aires: Siglo XXI. 2014c. 461-495. Impreso.
- Mulder, Silvia. *Lévi-Strauss ∅ Lacan. Genealogía del registro simbólico*. Buenos Aires: Eudem. 2012. Impreso.
- Rabinovich, Diana, "Lo imaginario, lo simbólico y lo real". *Escuelafrancesa1.wordpress.com*. Web. 15 de mayo 2017.
- . *Sexualidad y Significante*. Buenos Aires: Manantial. 2012. Impreso.
- Safouan, Moustapha. *Lacaniana I*. Buenos Aires: Paidós. 2015. Impreso.
- Sazbón, José. "Estructuralismo e historia". En Daniel Brauer, ed., *La historia desde la teoría*, Vol. 1. Buenos Aires: Prometeo. 2009. 79-98. Impreso.
- Soler, Colette. El campo lacaniano. C. Soler, *Incidencias políticas del psicoanálisis*, Vol 1. Barcelona: Ediciones S&P. 2011. 19-46. Impreso.
- Zafiro Poelos, Markos. *Lacan y Lévi-Strauss o el retorno de Freud: (1951-1957)*. Buenos Aires: Manantial. 2003. Impreso.